**(26-12-2022\_)**

El ruido atronador de la prensa hidráulica marcaba el ritmo de su trabajo; metía la plancha de acero, mucho cuidado con las manos, los accidentes no faltaban, sacaba la plancha de acero perforada formando un patrón concéntrico, mucho cuidado de no cortarse, los accidentes no faltaban, no había espacio para remilgos, había que trabajar, y mucho.

Llevaba casi cuatro horas esperando por información fuera del amplio recinto que comprende la policía judicial de Guayaquil; una apremiante necesidad de sentarse laceraba sus piernas, el día había empezado demasiado pronto para ella; el mensaje de aquella llamada la despertó de su sueño con la sutileza de un mazo de hierro. Yesenia palpó la superficie con la palma de la mano, extendió su abrigo negro sobre el bordillo de la calle, el hormigón ardiente no la hizo desistir, se sentó, abrazó sus piernas dobladas a la altura de su cabeza con ambos brazos sepultando su cara entre ellas como si quisiera esconderse del mundo, las cálidas lágrimas mojaban la tela de su pantalón mientras repetía una y otra vez en tono suplicante pero sin emitir sonido, el monosílabo no, con los dientes apretados como si quisiera esconderse del mundo.

—¿Cuántas personas mataron esta vez?

—Creo que 23, pero hoy en las noticias vi que pueden ser más.

—23 menos entonces.

—Deberían dejar que se sigan matando entre ellos hasta que no quede ninguno.

El sol del mediodía lucía todo su esplendor en el cielo guayaquileño, las personas buscaban refugio a la sombra para esperar el transporte que los lleve a sus destinos, los que caminaban lo hacían cubriéndose la cabeza con cualquier objeto a su alcance, andaban, cuchicheaban, conversaban, reían, callaban; los vendedores ambulantes ofrecían sus mercancías con gritos roncos, las potentes bocinas de los autobuses se elevaban por sobre las de los demás automóviles, el inconfundible silbato de un vigilante de tránsito se hacía oír para detener el tráfico de una vía y activar el de la adyacente, pero ni las voces, ni los ruidos llegaban a Yesenia, inmersa como estaba en sus cavilaciones.

Conoció a Alberto en el colegio cuando ella tenía 15 años y él, con 17 ya había repetido el mismo curso dos veces, lo que lo convertía en el alumno de mayor edad del curso que compartían; no era el más listo de la clase, de hecho, tenía problemas en casi todas las asignaturas, excepto en historia porque era la única que le agradaba; tampoco era gracioso, más bien, su tono de voz inflexible y monótono, junto a su torpeza de movimientos podían convertir un buen chiste en una tortura; ni tan siquiera poseía atributos físicos que lo destaquen del resto de chicos, era alto y desgarbado, nariz y ojos muy grandes, lucía como bigote cuatro pelos muy negros y retorcidos a cada lado de la boca, se negaba a afeitarlos pues, pensaba que si los cortaba a una edad tan temprana nunca tendría una barba tupida como él anhelaba desde niño. Sin embargo, Yesenia de inmediato se sintió atraída por él, su manera de actuar tan desenvuelta y su resolución para hablar del futuro la hacían sentir que él era un hombre fuerte, no obstante, saber que no era el más brillante de los estudiantes, no le impedía advertir en él, que podría encontrar las respuestas necesarias para cada problema, por lo que se sentía segura junto a él. Para el resto de compañeros y algunos profesores él era un alumno terco y de pensamiento cuadrado, solo Yesenia valoraba sus cualidades positivamente. Alberto repetía dogmáticamente que la palabra de un hombre es la palabra de Dios; si alguien dice que es capaz de saltar hasta colgarse de la farola de luz, debería cumplirlo, aunque sea usando resortes, le escuchó decir a sus compañeros cierta vez; un hombre que ofrece la luna a una mujer a cambio de su amor, si no fuese capaz de cumplir su oferta, precisamente allí, es donde debería esconderse para evitar la humillación, dijo, condenando la infidelidad de un compañero; si no consigo aprobar el curso esta vez, dejaré de estudiar, dijo inconcusamente a una maestra cuando le reconvino por sus bajas notas, sus compañeros al oírlo rieron estrepitosamente, pero ella, que comprendió la seriedad del aviso, se limitó a mirar a Alberto con tristeza.

Los sollozos de una anciana que estaba de pie a un metro de donde ella estaba, la hizo volver de su ensimismamiento.

—Sabía que esto iba a pasar, ya lo presentía. Ayer sentí todo el día una angustia en el pecho y no sabía por qué.

—Todos sabíamos lo que iba a pasar vieja. Se lo dije muchas veces: deja esa vaina, eso no te va a llevar a nada bueno —dijo con voz severa el anciano mientras posaba cuidadosamente su mano derecha sobre la nuca de la desconsolada mujer como si pudiera romperse por aplicar una fuerza excesiva—. ¡Pero necio! nunca hizo caso y así acabó —sentenció apretando y soltando delicadamente la nuca de su esposa.

—Pero descuartizarlo ¿por qué un cristiano cortaría a otro de esa manera? Mijito, pobrecito mijito. —Lloraba sin lágrimas, con voz suplicante de madre resignada con un dolor lacerante a flor de piel.

Yesenia había dejado de llorar y escuchaba atentamente a la pareja de ancianos sin levantar la cabeza de sus piernas.

—¡1000 dólares para que te den tu muerto! este país es una mierda —amonestaba agriamente el anciano, viendo a todas partes sin fijar la mirada en ningún punto concreto.

—¿De dónde vamos a sacar esa plata, viejo? —inquirió preocupada—. Encima hay que pagar la funeraria, ¿qué vamos a hacer viejo?, ¿de dónde sacamos toda esa plata?

—1000 dólares por el muerto y los servicios fúnebres. ¡Te hacen un combo como si estuvieras comprando electrodomésticos! Refrigeradora más cocina y de regalo llévate una batidora —La voz del anciano se encendió, sus ojos por primera vez se llenaron de lágrimas—. No sé de dónde vamos a sacar la plata, pero si no pagas no te llevas tu muerto. —Se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Los dos permanecieron en silencio durante unos minutos mirando el suelo.

—Voy a hablar con la comadre para que me adelante la platita del cuadro —se dirigió a su esposo que aún no levantaba la mirada del suelo—; viste como es bueno contar con algún ahorrito.

—Eso no alcanza para nada vieja —se defendió con acritud—; justo ayer compré la insulina para todo el mes y me quedé chiro —dijo, pasando su dedo índice por su cuello simulando un cuchillo.

Los dos ancianos se percataron al mismo tiempo que aquella joven los estaba observando, ambos ancianos se miraron y dejaron de hablar.

Yesenia se puso en pie lentamente apoyando las manos sobre las rodillas, miró a la pareja con los ojos entornados y preguntó:

—¿Cuántos años tenía su hijo?

—Tenía 18 años, era nuestro nieto —respondió la anciana acomodándose los lentes sin mirar a la joven, su esposo, en cambio, la miraba con atención y repuso:

—¿Por quién viene usted?

—vengo a reconocer a mi… marido —dijo con voz titubeante, su mirada se perdió en el horizonte y suspiró involuntariamente. En ese momento recordó a Alberto sentado en la cama vistiéndose para salir a trabajar temprano por la mañana, por su parte, ella, desde el baño, escuchaba su voz sosegada mientras orinaba y se cepillaba los dientes a la vez: no nos hemos casado, por lo tanto, somos marido y mujer, no somos esposo y esposa; ante los demás yo te llamo mi mujer, espero que tú procedas en consecuencia; hay que llamar las cosas por su nombre. La palabra esposa o esposo, cuando se usan solo para cumplir las arcaicas exigencias morales o consuetudinarias que evidentemente siguen latentes en nuestra sociedad, nos troca culpables directos del anacronismo en que nos hallamos inmersos, ya que dichas palabras, en tal contexto, pierden su significado original, para adoptar una connotación opresiva de obligación, cadenas y pérdida de libertad; y, aunque es notoria la evolución de la sociedad en las últimas décadas, no se puede pasar por alto que ciertas costumbres atávicas lastran dicho avance, un hombre y una mujer que no se hallan casado pueden vivir juntos sin pensar en ello como un pecado. Los hombres damos significado a las palabras y no ellas a nosotros, por lo menos, así debería ser.

—¿Cuántos años tenía su esposo? —Inquirió la anciana.

—Tenía 19 años. Mi marido tenía 19 años —respondió, pero esta vez con voz firme repartiendo la mirada entre la pareja de ancianos que la miraban con interés—. Yo tengo 17… parece que ya soy viuda. —Lágrimas empezaron a correr por sus mejillas hasta el mentón, allí formaban gruesas gotas para caer al fin y evaporarse sobre el hormigón ardiente.

Multitud de recuerdos de su vida con Alberto se agolparon en su mente y ella se entregó nuevamente a ellos sin oposición: la primera vez que hablaron, la primera cita, el primer beso; intentaba recordar cómo se le había declarado, pero no lo lograba, solo sabía que el mismo año de conocerse se hicieron novios, al final, se dio cuenta que nunca se declaró, nunca propuso ser novios, simplemente, las cosas se dieron como si desde un primer momento todo hubiese estado escrito para que así suceda.

Él vivía solo con su padre, un hombre prematuramente envejecido, muy severo, poco afectivo y bebedor pertinaz, poseía un taller de muebles que antes perteneció a su padre, allí Alberto aprendió el oficio de la misma manera que su padre lo hizo de su abuelo, pero a medida que los años pasaban, su alcoholismo empeoraba, descuidaba sus tareas en el trabajo, por lo que Alberto se veía forzado a faltar a clases para entregar a tiempo los pedidos, esa fue la razón por la que no pudo aprobar el curso los dos años anteriores.

Después de tres meses de ser novios, Alberto ya se había hecho cargo por completo del negocio y tuvo que abandonar definitivamente los estudios, su padre se había convertido en el borracho del barrio, todos lo conocían como don hipo; todas las tardes alrededor de las cinco salía de su casa para emborracharse en la tienda de la esquina bebiendo guanchaca hasta embrutecerse. Los niños le temían, ahí viene don hipo decían y empezaban a correr; era delgado, con la barriga abultada, tenía la cara surcada de arrugas, la piel muy fina, ennegrecida y pegada a los huesos, al reír mostraba sin reparos sus dos dientes superiores y los otros dos en la parte inferior de la boca, de ahí nació su apodo. Para los adolescentes era una burla, ponían música moderna para hacerlo bailar y estallar en sonoras carcajadas que él pensaba eran de aprobación, fingían poner atención a sus historias para finalmente reírse de él en su propia cara, como cuando aseguraba tener 45 años, cuando notaba que se burlaban de él, invitaba a pelear a los chicos moviendo los brazos, las manos y las piernas de manera histriónica, lo cual resultaba muy cómico, alimentando aún más las desvergonzadas risas de los jóvenes y la estéril reacción del viejecillo. Los adultos lo trataban con indiferencia o conmiseración, o con una asombrosa e inexplicable mezcla de ambas; si sigues portándote mal, si no estudias, si no eres buen niño, así vas a terminar, ¿quieres ser como don hipo? Usaban al padre de Alberto como advertencia de un futuro funesto. Nadie sabía con exactitud los verdaderos motivos que le llevaron a ese estado, en realidad a nadie le importaba, simplemente era don hipo, el borracho del barrio normal, de un barrio normal de Guayaquil.

Un hombre de mediana edad, de barba cuidada y ropa civil salió del recinto de la policía y caminó directo hacia ellos, interrumpió a Yesenia que se disponía a seguir la conversación.

—¿Ya pasaron a reconocer su familiar?

—Ya —respondió secamente el anciano clavando la mirada en el hombre.

—No, ¿por qué? —respondió con desconfianza Yesenia, mirando al hombre intentando descifrar sus intenciones—, aún no me han llamado y ya llevo más de cuatro horas esperando y no sé nada —añadió con tono irritado pero contenido.

Las demás personas empezaron a acercarse y rodearon al hombre en busca de información. Las normas de la policía judicial eran estrictas, allí no podía entrar ni salir nadie sin autorización, incluidas las personas que acudían a reconocer sus familiares, la información también salía a cuenta gotas y solo se otorgaba a familiares directos debidamente identificados.

—En primer lugar, les quiero decir que comparto su dolor y los acompaño a todos en su pesar… los caminos de Dios son insondables —hablaba de manera mecánica y con voz cantarina, de la misma manera que lo hace un vendedor de mercado— los que ya han podido entrar sabrán que sacar el cuerpo de su familiar tiene un costo de 1000 dólares —llevaba puestas unas gafas ridículamente grandes para su pequeña y redonda cara.

Los que lo sabían comenzaron a murmurar sin dejar escuchar algo claro, pero los que aún no estaban al tanto protestaron abiertamente.

—Esto es un robo, ya no puede uno morirse que hasta por eso te cobran estos desgraciados —dijo visiblemente enojada una señora dirigiéndose a su hija, pero con un volumen lo suficientemente alto como para ser escuchada por todos.

—¡Yo no voy a pagar, mucho menos esa cantidad! —espetó un hombre de unos 50 años, gordo y sudoroso, sus pantalones manchados de grasa delataban su oficio de mecánico— mi hermano estuvo en esa banda, robaba y se metía buena plata, pero jamás dio algo para la familia, y ahora encima, tengo yo que pagar por el muerto.

—1000 dólares por sacar el cuerpo y todavía hay que sumar los 500 de la caja y los servicios fúnebres —argumentó un hombre corpulento y en cuya voz pastosa se podía vislumbrar la incredulidad por el monto que le tocaba afrontar por la muerte de su primogénito—. Ya coticé antes de venir, eso es carísimo —añadió el hombre rodeado de su esposa y de sus cuatro hijas, todas ellas llorando sin consuelo.

Las quejas se sucedían, unas airadas y acompañadas de interjecciones procaces, otras resignadas en las que no faltaban las lágrimas y la frustración por la injusticia, pero todas iban dirigidas al hombre de civil que intentaba apaciguar los ánimos haciendo gestos con las palmas de las manos hacia abajo como si presionara repetidas veces un freno con ellas. Con los años había acumulado gran experiencia en estas lides, sabía perfectamente que las personas en esta situación necesitan certezas.

—Solo faltan seis cuerpos por identificar de 23 que llegaron, tengan calma por favor, el proceso es largo y cada reconocimiento conlleva un tedioso trámite burocrático —con esto terminó por calmar los ánimos y ganar la atención de los presentes. Ahora necesitaba demostrar que él tenía control sobre lo que pasaba dentro.

—Familiar de Héctor Rolando Cuero Méndez, acompáñeme una sola persona para realizar el reconocimiento de cadáver por favor.

Hizo una seña con la mano izquierda y la puerta se abrió, pasaron él y una mujer al borde de los nervios que previamente eligió entrar ella en vez de su marido.

—Yo sé que el país es así, con la plata baila el mono, a diario vemos que la corrupción se ha enquistado en todos los estratos sociales y en sus instituciones y que pagar coima es pan nuestro de cada día, pero nunca imaginé que hasta en estas circunstancias te quieran sacar plata, que no se respete ni el dolor de la muerte ¿dónde vamos a parar si seguimos así? —repuso alzando la voz, pero sosegadamente un hombre que se identificó como profesor de la universidad de Guayaquil y padre de una de las víctimas— Si la policía hace esto, ¿por qué nos ha de sorprender que se produzcan descuartizamientos en las cárceles?, las sociedades tienen los delincuentes que se merecen, o alguien piensa que los 1000 dólares que nos cobran no equivalen a las vacunas que las bandas delictivas cobran a los negocios para no asaltarlos. La corrupción y la delincuencia van cogidas de la mano, la primera engendra a la segunda, pero si vemos un poco más allá, la delincuencia una vez establecida en la sociedad necesita la corrupción para seguir extendiendo sus protervos tentáculos en la misma, hasta llegar al punto en el que hoy nos encontramos, donde podemos asegurar sin miedo a equivocarnos que corrupción y delincuencia son lo mismo; entonces díganme ustedes, ¿sería correcto afirmar que un chico que roba un celular es un corrupto y el político que malversa fondos públicos es un delincuente?